

fundamento de nuestra fe es la veracidad de Dios que hace que no pueda engañarse ni engañarnos, de modo que estamos mil veces mas ciertos de las verdades de la fe que de lo que vemos con nuestros ojos, tocamos con las manos, ó creemos bajo el testimonio de los hombres.

2.º ¿Es necesaria la fe? Para responder claramente á esta pregunta, es preciso saber que se distinguen varias especies de fe.

La fe *habitual infusa*, que es el don y el hábito de la fe que Dios infunde en nuestra alma por medio del Bautismo. No basta á los adultos, que están obligados á hacer actos expresos y formales sobre los misterios de la Religion. *El que no cree*, dice san Juan, *ya ha sido juzgado*<sup>1</sup>. No dice el que no tiene fe, sino el que no cree; lo cual expresa un acto formal.

La fe *habitual adquirida*. Correspondiendo á las gracias que se nos conceden por el Bautismo, y repitiendo con frecuencia actos de fe, adquirimos una nueva facilidad de creer, y esta disposicion se llama fe habitual adquirida. Dichoso hábito que distinguiendo al cristiano de todos los que no lo son, le hace vivir en un mundo superior al cual son extraños el gentil, el mahometano y el hereje; precioso tesoro que conserva mientras no comete un acto positivo de infidelidad ó incredulidad. Sin embargo, lo mismo que la anterior, esta fe no basta para la salvacion de los adultos, que están obligados á hacer actos formales de fe.

La fe *actual* consiste en ejercer actual y formalmente un acto de fe sobre cualquiera verdad de la Religion. Los teólogos enseñan que hay obligacion de hacer actos formales de fe, implícitos ó explícitos: 1.º Cuando se ha llegado á la edad de la razon; 2.º al fin de la vida; 3.º una vez al menos cada mes. Pero es preciso advertir que la señal de la cruz, la misa bien oída, la recitacion de la Oracion dominical, y la aceptacion de las penas y aflicciones, son otros tantos actos de fe implícitos que bastan para el cumplimiento del precepto<sup>2</sup>.

La fe *implícita*, consiste en creer las verdades de la Religion confusamente y en general, diciendo, por ejemplo: Creo todo lo que cree la Iglesia. No es bastante para salvarse.

La fe *explícita* consiste en creer y conocer distinta y circunstanciadamente las verdades de la Religion; no estamos obligados á co-

<sup>1</sup> Joan. iii, 18.

<sup>2</sup> S. Alph. *Homo apost.*, t. I, tract. IV, n. 13.

nocerlas y creerlas todas con fe explícita, sino tan solo algunas que indicaremos mas adelante.

La fe *interior*, que abrigamos en nosotros mismos sin manifestar por ninguna señal que creemos; tampoco basta, porque estamos obligados á mostrar nuestra fe con nuestras palabras y nuestras obras<sup>1</sup>. Es lo que se llama la fe *exterior*.

La fe *muerta* es la que no está unida á la gracia santificante. Se encuentra en los pecadores que están privados de la caridad sin haber perdido la fe; no basta para la salvacion. *Si tuviere toda la fe*, dice el apóstol san Pablo, *de manera que transportase los montes, y no tuviere caridad, nada soy*<sup>2</sup>.

La fe *viva* es la que está animada por la caridad y unida á la práctica de las buenas obras.

Las explicaciones anteriores responden claramente á la pregunta propuesta, y nos enseñan dos cosas: la primera, que la fe es indispensable á nuestra salvacion, es decir, á nuestra union sobrenatural con Dios en el tiempo y en la eternidad. Nuestro Señor mismo dijo: *El que no creyere será condenado*<sup>3</sup>. Y el apóstol san Pablo: *Y así sin fe es imposible agradar á Dios. Así pues, lo primero que debe hacer el que quiere unirse al segundo Adán, es creer en él*<sup>4</sup>. *Les dió poder de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre*<sup>5</sup>. En efecto, el que cree somete su razon á la palabra de Jesucristo; recibe las verdades que él le enseña, las guarda, y forman el fondo de su inteligencia; las tinieblas y la ignorancia que heredó del primer Adán se desvanecen, brilla la luz en su alma, y sus pensamientos que eran humanos, incompletos, naturales y falsos, se hacen completos, sobrenaturales, verdaderos y divinos. Su razon participa tambien de la razon del mismo Dios, y su espíritu se transforma en el espíritu del segundo Adán. Así es como el niño adquiere poco á poco las ideas de su maestro oyendo sus lecciones y creyendo en su palabra<sup>6</sup>. Por el contrario, el que se niega á creer, se niega por lo

<sup>1</sup> Rom. x, 10.

<sup>2</sup> I Cor. xiii, 2.

<sup>3</sup> Marc. xvi, 16.

<sup>4</sup> Hebr. xi, 6.

<sup>5</sup> Dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus. (Joan. i, 12).

<sup>6</sup> Ut credatis quia Jesus est filius Dei: et ut credentes, vitam habeatis in nomine ejus. (Id. xx, 31).

tanto á someter su espíritu á la palabra del Salvador, le hace la mas sangrienta de todas las injurias, pues que le considera como engañado ó como engañador <sup>1</sup>, y queda en la ignorancia y en las tinieblas del primer Adán. La razon de esto es sencilla: siendo sobrenaturales las verdades de la Religion, son demasiado elevadas para que podamos conocerlas con las únicas luces de nuestro espíritu degradado, y por consiguiente aquel se condena á ignorarlas siempre que se niega á creer en el Hijo de Dios, bajado expresamente del cielo á la tierra para enseñárnoslas. Su negativa es un crimen, pues tiene todos los motivos de creer, y no tiene razon alguna legitima para no creer.

Lo segundo que resulta de las explicaciones anteriores, es que no basta á un adulto para salvarse tener la fe humana, la fe habitual, la fe implícita, la fe interior y la fe muerta, pues debe tener la fe divina, la fe actual, explícita, exterior y viva.

3.º ¿La fe es racional? Esto equivale á preguntar si es conforme á la razon creer en la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, pues es la verdad por esencia. Pero si no es racional creer en Dios, ¿en qué será, pues, racional creer? Será preciso dudar de todo. Sin embargo, los incrédulos creen sin vacilar los acontecimientos de la antigüedad mas remota, segun el relato de algunos historiadores y bajo la fe de alguna inscripcion ó de algun monumento, y tratarian de ignorante é imbécil al que pusiera en duda semejantes hechos. Pues bien, el cristiano ¿no es racional al creer por el testimonio del mismo Dios acontecimientos y verdades atestiguados por todos los escritores sagrados, creidos tantos siglos hace, reconocidos por los gentiles, confirmados con la sangre de tantos millones de Mártires, con la curacion sobrenatural de tantos enfermos, con la conversion del mundo entero y con otros mil prodigios? <sup>2</sup>

Nuestra fe es, por consiguiente, racional, pues está basada en motivos muy sólidos, y lo es aun bajo el sentido de que la razon

<sup>1</sup> Censores divinitatis hæretici. (*Tertull. lib. II contra Marcion.*)

<sup>2</sup> Nonne cum omni fiducia de Deo dicere poterimus: Domine, si error est, à te ipso accepimus; nam ista in nobis tantis signis et prodigiis confirmata sunt, et talibus, quæ non nisi per te fieri possunt. (*Ricard. à S. Vict. lib. de Trinit. I. c. 1.*) — Quisquis adhuc prodigia, ut credat, requirit, magnum est ipse prodigium, qui mundo credenti non credit. (*S. Aug. De Ver. Relig. c. 25.*)

puede darse cuenta con maravillosa facilidad y remontarse en pocos pasos hasta Dios. Mas no consiste en esto el privilegio exclusivo del católico; solo su fe es racional, pues no lo es la del cismático y del hereje. Nada hay mas fácil que el demostrarlo. Tomemos por ejemplo un niño católico, ó un católico sencillo é ignorante, pero que sabe su Catecismo. Hé aquí el análisis de su fe:

Este niño es católico, y lo sabe. Ve á su cura que le enseña el Catecismo: es la primera parte de su análisis. Sabe que la doctrina de su cura es la misma que la de su obispo, pues éste ha formado el Catecismo; y es la segunda parte de su análisis. Sabe por su Catecismo que el Papa es el jefe de la Iglesia y el vicario de Jesucristo en la tierra; esto le hace comprender que su obispo está en comunicacion con el Papa y con todos los Obispos sometidos al Papa, á quien todos los fieles deben tener respeto y obediencia; y es la tercera parte de su análisis. Así pues, el niño católico ve en su cura á su obispo, al Papa y á todos los Obispos del mundo que están unidos al Papa, y finalmente al mismo Jesucristo, verdadero Dios y hombre, enseñando por medio del ministerio que ha establecido, y enseñando con una autoridad soberana é infalible.

Pero ¿es racional decir que la presencia de su cura puede asegurar al católico la autoridad infalible de toda la Iglesia? Porque, finalmente, este cura no es toda la Iglesia, y no se le concede la infalibilidad que ciertamente no tiene. Todo esto es verdad, y, á pesar de todo esto, el niño católico va rectamente al fin. Una comparacion enteramente nueva va á justificar sensiblemente y á aclarar completamente mi idea. En Francia hay recaudadores de contribuciones en cada canton: luego que el aldeano ve al recaudador que va á pedirle la parte que le toca pagar segun la cuota señalada, ¿no ve en su persona la del director de las contribuciones de la provincia, la del ministro de Hacienda, y definitivamente la del rey, aunque no le haya visto jamás, á quién nunca verá verosimilmente? Este es un análisis de otra especie, y el campesino piensa acertadamente. No obstante, el recaudador de contribuciones no es el director, ni el ministro, ni el rey; pero una sola ojeada le basta para hacerle ver en el recaudador el orden de los diferentes grados de autoridad hasta llegar á la autoridad soberana.

Lo mismo sucede con el análisis de la fe del niño ó del católico

poco instruido; es sencilla y sin rodeos, pero ¡qué sabia! qué luminosa! qué demostrativa! La Providencia de nuestro Padre celestial ha dispuesto que debiéndose unir todos al segundo Adán por medio de la fe, pudiesen hacerlo fácilmente, lo mismo el ignorante que el sabio, y el idiota como el de talento.

El cismático ni el hereje no podrían tener la misma ventaja. El cismático ve á su sacerdote y á su obispo, pero despues no ve nada mas; ve ramas, pero son ramas separadas del tronco; ve un cuerpo, pero sin cabeza; ve varios eslabones de la cadena, pero falta el último, el que debe enlazar todos los demás á Jesucristo. El hereje está tambien en una condicion inferior. El niño protestante en verdad ve, por ejemplo, á su ministro, como el católico á su cura; pero el protestante no ve nada mas allá. Me engaño, su ministro lo remite á la Escritura, á la pura palabra de Dios. Pero la Escritura es un libro sellado para este pobre niño; no sabe leer, y aun cuando supiera, si entiendo mal la Escritura, ¿quién le corregirá? Aun mas, ¿quién le dirá que la Escritura es la palabra de Dios y no del hombre? Así pues, el católico puede darse razon de su fe, pero no el cismático y el hereje.

4.º ¿Cuáles son los caracteres de la fe? La fe ha de tener tres caracteres principales: la firmeza, la universalidad y la sencillez. La firmeza consiste en creer las verdades de la Religion sin vacilar y con tal seguridad que nada pueda conmovér, ni las objeciones de los impíos, ni las tentaciones del demonio, ni la incertidumbre de nuestro espíritu. Debe ser inmutable como el mismo Dios, cuya palabra le sirve de fundamento.

La universalidad, es decir, que la fe debe extenderse á todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia, sin ninguna excepcion. En esto es cuando debemos decir: Ó todo, ó nada. En efecto, siendo la misma autoridad que enseña, tenemos el mismo motivo de admitir todas las verdades que nos propone, tanto las que entendemos, como las que no, tanto las que nos parecen menos importantes, como las que nos lo parecen mas, y tanto aquellas cuya práctica nos parece menos fácil, como aquellas cuya práctica nos parece mas fácil.

La sencillez de la fe consiste en creer sin ratiocinar, sin discutir, porque Dios lo ha dicho. Y ¿qué hay que examinar cuando Dios ha hablado? El Salvador, para darnos una idea de esta admirable sencillez, tomando un día á un niño, le colocó en medio de sus disci-

pulos, y les dijo: *En verdad os digo que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*<sup>1</sup>. Estas palabras lo dicen todo; pero ¿no son la condenacion de un gran número que se permiten criticar y censurar lo que en la Religion no está de acuerdo con su débil razon, y que mas bien son filósofos que cristianos?

5.º ¿Cuáles son las ventajas de la fe? La primera es hacernos conocer las verdades del orden sobrenatural, de ese orden que elevándonos sobre los sentidos y la simple razon nos hace vivir en la tierra la vida de la gracia, para hacernos vivir en la eternidad la vida de la gloria. La fe saca nuestro espíritu de la ignorancia en que la habia sepultado el pecado; disipa las tinieblas del error que las pasiones se esfuerzan continuamente en formar en torno nuestro, y nos pone al abrigo de todas esas dudas crueles y de todos esos extravíos humillantes en que cae la razon del hombre abandonada á sí misma. Necesitaríanse libros enteros para contar las contradicciones y absurdos de todos los que, apagando la antorcha de la fe, no siguen mas que las luces inciertas de su débil razon. Interrogadles sobre todo lo que mas vivamente nos interesa, la existencia de Dios, su providencia, la naturaleza de nuestra alma, nuestros deberes, ya para con Dios, ya para con nosotros mismos, ya para con nuestros semejantes; y por única respuesta solo obtendréis las mas de las veces errores, contradicciones y dudas<sup>2</sup>.

La fe es, pues, una antorcha puesta por el Salvador en las manos del hombre extraviado, para ayudarle á volver á encontrar y á seguir el camino del cielo; es un doble parapeto alzado en la senda de la vida para impedir el separarse por la derecha ó por la izquierda, y el caer en los abismos de que está lleno su camino. ¿Qué mas dirémos? La fe es para la razon lo que el telescopio para la vista; allí donde el ojo nada puede ver ya, el telescopio hace descubrir mundos de maravillas. ¿Qué responderia el astrónomo si fueran á decirle que el telescopio es contrario á la vista? Su respuesta es la nuestra: léjos de ser contraria á la razon, la fe le sirve de luz y de apoyo.

Otra de las ventajas de la fe es la de remediar nuestro orgullo.

<sup>1</sup> Matth. xviii, 3.

<sup>2</sup> Véase, para pruebas, á Hermias, de *Irrisione philosophorum*; y á Barruel, las *Helvienas*.

Al imponernos Jesucristo la obligacion de creer, se mostró Salvador del género humano de un modo admirable. El hombre se habia perdido por el orgullo, y para curar esta pasion furiosa é impedir que dañase, encadenó y cautivó el espíritu del hombre bajo el yugo de la fe, obligándole á creer verdades que no podia comprender. Con este medio, haciéndonos conocer á cada instante nuestra extrema flaqueza, nos coloca en el camino de la humildad; y esta es el puerto de la razon, donde Dios lo espera para comunicarse á ella y renovar la antigua alianza rota por el orgullo primitivo.

6.º ¿Cuáles son los medios de alcanzar y conservar la fe? Oímos decir todos los dias á muchos: Yo bien quisiera creer, pero no puedo. Respondedles en primer lugar: ¿No podeis creer? luego no teneis fe: ¡qué desgracia! No teneis fe; luego vuestra alma ha caido de ese mundo de luces y verdades donde vivieron los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires y los mas grandes genios de todos los siglos, en el cual viven aun las únicas naciones civilizadas del globo. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego nada os queda de cierto en vuestro espíritu, y no teneis mas que dudas desconsoladoras sobre vuestra alma, sobre vuestros deberes y sobre lo que os espera despues de la muerte. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego no hay para vos consuelos sólidos en las penas de la vida, en la pérdida de vuestros parientes y amigos. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego la habeis perdido. ¡Qué crimen! ¿Qué habeis hecho de las lecciones de vuestra madre y de las obligaciones de vuestra primera comunión? Las habeis despreciado. ¡Qué crimen! ¿Cuándo habeis perdido la fe? ¿Cuándo érais casto y modesto y estábais alejado de las malas compañías? ¿No es cuando habeis dejado de serlo? ¡Qué crimen! Para recobrar la fe no os falta el racionio, sino la conversion del corazon. Una buena confesion seria para vuestra inteligencia lo que para el ojo la operacion de la catarata: ella os restituiria en un instante la luz de la fe.

Añadid despues: Decís que quisiérais creer. Quien quiere el fin quiere los medios. Pues bien, ¿habeis tomado, tomáis seriamente los medios de creer? Estos medios son ciertos é infalibles: 1.º la oracion. La fe es un don de Dios; á él y á él tan solo es preciso pedir, pues prometió concederla á una oracion humilde y perseverante: *Pedid y recibiréis*; 2.º el estudio. No puede creerse lo que no se conoce. Luego es preciso leer obras propias para instruirnos acer-

ca de las verdades de la Religion, ó interrogar á las personas ilustradas como se consulta sobre un punto de derecho ó de medicina á los letrados ó profesores; 3.º la fidelidad á los deberes indicados por la sola razon. Antes de practicar todos los preceptos del Evangelio, principiad por absteneros de los actos que la razon condena, y por hacer el bien que ella os prescribe; desead sobre todo seriamente saber y practicar todo lo que Dios quiere que sepais y hagais para agradarle, y siendo fieles á estos medios, no se hará esperar el éxito.

En cuanto al modo de conservar la fe, es preciso por una parte evitar cuidadosamente las ocasiones de perderla, como la lectura de los malos libros, y el trato con los hombres irreligiosos é impíos; y por otra parte hacer actos de fe, practicando con cuidado todo lo que prescribe, y evitando con igual solicitud lo que prohíbe. No olvidemos estas palabras de Rousseau: *Conservad vuestra alma en estado de desear que haya un Dios, y nunca dudaréis de él.*

7.º ¿Cuáles son los pecados opuestos á la fe? Son: 1.º la *infidelidad*; es el pecado de los gentiles y judíos, que se niegan á creer en la Religion; 2.º la *apostasia* ó renunciacion exterior de la Religion; es el pecado de los que abjuran públicamente la Religion, ó afectan no ser cristianos; 3.º la *herejía*; es el pecado de los que niegan con conocimiento de causa y tenacidad algunas de las verdades de la fe; 4.º la *duda* voluntaria; es el pecado de los que con deliberado propósito dudan de alguno de los artículos revelados por Dios y definidos por la Iglesia; 5.º la *ignorancia*; es el pecado de los que por descuido ignoran las verdades de la Religion que están obligados á saber.

Tal es, por consiguiente, la fe considerada en sí misma; es un tesoro tan precioso, un consuelo tan grande en los males de la vida, que debemos conservarla en el fondo de nuestras entrañas, y evitar con cuidado todas las ocasiones de perderla, y los libros y los hombres que siembran desconsoladoras doctrinas. Sirvanos en esto de ejemplo la conducta de nuestros padres. Durante la violenta persecucion que el cruel Hunnerico, príncipe arriano, suscitó contra los católicos, personas de todas edades y condiciones se hicieron notar por su valor y su firmeza en la fe; pero ningun objeto de edifica-

Podien consultarse sobre los misterios, el gran *Tratado de la Religion* de Bergier, t. III, IV y IX, y el P. Crasset, sobre la *fe victoriosa*.

cion fue tan interesante como los doce monacillos, distinguidos entre los demás por su hermosa voz, y que seguian á los confesores que Hunnerico habia desterrado de África. Su talento hizo que los echasen de menos los enemigos de la Religión, que corrieron en pos de ellos para traerlos otra vez; pero los generosos niños no querian abandonar á sus santos maestros, se asian á sus vestidos, se dejaban dar de palos, y desafiaban las espadas desnudas con que les amenazaban. Los separaron, por fin, á la fuerza, y los volvieron á Cartago; pero no lograron seducir á uno solo con las caricias ni con los castigos de que sucesivamente se valieron. Mucho tiempo despues de la persecucion formaban aun el consuelo y la gloria de la iglesia de África, viviendo juntos en Cartago, comiendo y cantando juntos las alabanzas de Dios. Toda la provincia reverenciaba á los doce niños como á otros tantos apóstoles que enseñaban á todos los fieles, con el recuerdo de su invencible constancia, que el cristiano debe sacrificarlo y sufrirlo todo antes de faltar á su fe y separarse de sus verdaderos pastores.

Aquellos generosos niños no fueron los únicos que dieron muestras brillantes de su adhesion á la fe y á sus ministros. «El pueblo, dice un historiador, siguió á los obispos y sacerdotes desterrados con cirios en la mano, las madres llevaban á sus hijos en sus brazos, y depositándolos á los piés de los confesores, les decian con los ojos bañados en lágrimas: ¿Á quién nos dejais corriendo al mar-tirio? ¿Quién bautizará nuestros hijos? ¿Quién nos dará la penitencia? ¿Quién nos librará de nuestros pecados con el beneficio de la reconciliacion? ¿Quién nos enterrará despues de la muerte? ¿Quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio? ¿Que no podamos partir con vosotros!» No es sorprendente que el pueblo de Cartago haya manifestado tan vivo pesar al ver que le arrebataban sus sacerdotes y sus obispos. Cuando se tiene religion y celo por el bien público, nada hay mas temible que la extincion de la fe y la privacion de los auxilios saludables que nos ofrece. ¿Estamos bien convencidos de ello?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que se dignó enseñarnos á aprovecharnos de los

<sup>1</sup> Historia eclesiástica.

frutos de su redencion; pues uniéndonos á este nuevo Adan por medio de la fe, de la caridad y de la santa Comunión, nos hacemos sus hijos y los herederos de sus virtudes y de su gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, haré con frecuencia actos de fe.

Los niños de Cartago, que seguian á los confesores, se asian á sus vestidos, se dejaban dar de palos, y desafiaban las espadas desnudas con que les amenazaban. Los separaron, por fin, á la fuerza, y los volvieron á Cartago; pero no lograron seducir á uno solo con las caricias ni con los castigos de que sucesivamente se valieron. Mucho tiempo despues de la persecucion formaban aun el consuelo y la gloria de la iglesia de África, viviendo juntos en Cartago, comiendo y cantando juntos las alabanzas de Dios. Toda la provincia reverenciaba á los doce niños como á otros tantos apóstoles que enseñaban á todos los fieles, con el recuerdo de su invencible constancia, que el cristiano debe sacrificarlo y sufrirlo todo antes de faltar á su fe y separarse de sus verdaderos pastores.

Aquellos generosos niños no fueron los únicos que dieron muestras brillantes de su adhesion á la fe y á sus ministros. «El pueblo, dice un historiador, siguió á los obispos y sacerdotes desterrados con cirios en la mano, las madres llevaban á sus hijos en sus brazos, y depositándolos á los piés de los confesores, les decian con los ojos bañados en lágrimas: ¿Á quién nos dejais corriendo al martirio? ¿Quién bautizará nuestros hijos? ¿Quién nos dará la penitencia? ¿Quién nos librará de nuestros pecados con el beneficio de la reconciliacion? ¿Quién nos enterrará despues de la muerte? ¿Quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio? ¿Que no podamos partir con vosotros?» No es sorprendente que el pueblo de Cartago haya manifestado tan vivo pesar al ver que le arrebataban sus sacerdotes y sus obispos. Cuando se tiene religion y celo por el bien público, nada hay mas temible que la extincion de la fe y la privacion de los auxilios saludables que nos ofrece. ¿Estamos bien convencidos de ello?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que se dignó enseñarnos á aprovecharnos de los

<sup>1</sup> Historia eclesiástica.